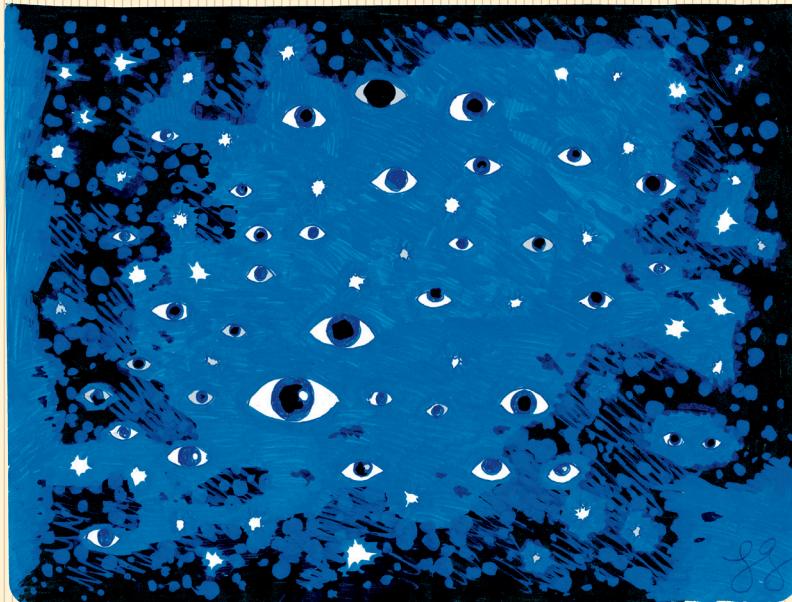


Cuaderno de Meheris

Encontrar a los desaparecidos

Sáhara, Meheris

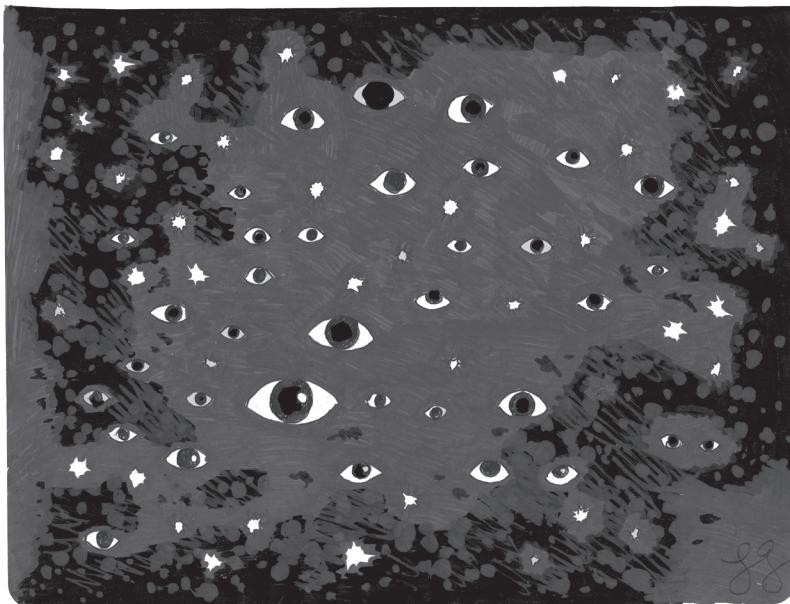


Carlos Martín Beristain

Cuaderno de Meheris

Encontrar a los desaparecidos

Sáhara, Meheris



Carlos Martín Beristain

Esta publicación ha sido realizada en el marco del proyecto *Contra el olvido: memoria y resistencia saharaui frente a la violación de derechos humanos en el Sáhara Occidental*. 2024. Financiado por Euskal Fondoa – Asociación de Entidades Locales Vascas Cooperantes.



Aieteko Jauregia. Aiete Pasealekua, 65-2
20009 Donostia-San Sebastián
www.euskalfondoa.org

Edita:



www.hegoa.ehu.eus
hegoa@ehu.eus

EHU
Zubiria Etxea
Lehendakari Agirre, 81 • 48015 Bilbao
Tel.: 946 017 091

EHU
Koldo Mitxelena Biblioteca
Nieves Cano, 33 • 01006 Vitoria-Gasteiz
Tel.: 945 014 287

EHU
Carlos Santamaría Zentroa
Plaza Elhuyar • 20018 Donostia-San Sebastián
Tel.: 943 017 464

Cuaderno de Meheris. Encontrar a los desaparecidos. Sáhara, Meheris

Autoría: Carlos Martín Beristain

2025

Dibujo de portada: Federico Guzmán

Diseño y maquetación: Marra, S.L.

ISBN: 978-84-19425-44-7



Este documento está bajo una licencia de Creative Commons. Se permite copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra con libertad, siempre y cuando se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Licencia completa: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

Cuando empieza todo

El *Oasis de la Memoria** trajo, entre otras muchas, la historia de los desaparecidos saharauis, varios miles de los cuales estuvieron detenidos en centros clandestinos de detención marroquíes, como la ESMA en Argentina o Villa Grimaldi en Chile, en periodos de entre 3 y 16 años, en condiciones de desnutrición y tortura permanente sin que nadie supiera de ellas y ellos. La mayoría de quienes sobrevivieron fueron liberados en 1991, cuando se firmó un alto el fuego entre el Frente Polisario y el Reino de Marruecos, y llegaba la Misión de Naciones Unidas MINURSO con el objetivo de hacer un referéndum en el Sáhara Occidental, siempre postergado, obstaculizado y negado por el régimen marroquí.

También presos marroquíes en manos del Polisario fueron liberados, aunque esos no estaban desaparecidos y convivían con los refugiados saharauis en los campamentos de Tinduf. La liberación de los desaparecidos saharauis se dio en un hotel de lujo y en medio de una tremenda comilona desde una semana antes, para tratar de tapar las cicatrices del maltrato.

* Carlos Martín Beristain y Eloísa González. *El Oasis de la Memoria. Memoria Histórica y Violaciones de DDHH en el Sáhara Occidental* (vol I, II y resumen). Ed. Hegoa, EHU-UPV, Bilbao 2012.

Sin embargo, desde entonces más de 400 desaparecidos siguen en esa condición. En el año 2010, el Consejo Consultivo de Derechos Humanos de Marruecos, sin siquiera avisar ni informar a los familiares, publicó un listado en internet que daba cuenta del supuesto destino de 200 personas desaparecidas, diciendo en algunos casos que murieron “en medio de fuertes sufrimientos” o “debido a las condiciones” y otros eufemismos que no reconocen la tortura de que fueron víctimas y no hablan ni del destino, ni del paradero. El destino es qué paso con las personas desaparecidas, el paradero es donde están. Preguntas que todavía atormentan a muchas familias.

El ocultamiento de la verdad y la falta de respuesta a los derechos de las víctimas sigue siendo una herida abierta y un ataque a su dignidad e integridad psicológica. El derecho a la verdad y al duelo son parte de cualquier salida política al conflicto.

El Oasis de la Memoria da cuenta de todo eso, no solo de los hechos, los responsables y los impactos de sobrevivientes y familiares, también de las demandas de verdad y el análisis de las respuestas dadas por el Reino de Marruecos.

Presentamos el informe en muchos lugares del mundo, incluyendo la sede de Naciones Unidas en Ginebra. El gobierno de Marruecos no permitió que hicieramos una presentación en El Aaiún, mostrando que la ocupación

del territorio no permite siquiera el derecho a devolver a la gente el conocimiento del que hacen parte. También lo presentamos en los campamentos de refugiados de Tinduf.

Esta historia podría empezar entonces con esos hechos, pero no. La historia de los casos y las búsquedas de las personas desaparecidas empieza cuando la gente, sus familiares y testigos, se niegan a olvidar, al mandato de silencio. Esta es la historia del descubrimiento, investigación, acompañamiento, entrega y memoria de los primeros ocho desaparecidos saharauis, dos de ellos aún niños.

El oasis de la memoria. Abril 2013

Presentamos esta mañana aquí, en el refugio de Tinduf, este libro nacido de las historias y voces saharauis, de sus andares y resistencias. Aquí volvieron en forma de dos volúmenes a los que no les cabe tanta historia que guardan para ser contada. Las letras vuelven como un regalo. Un lugar en el que refrescarse de la sequedad del dolor y del olvido. Aquí, delante de doscientas personas que escuchan de parte de tantos miles, hasta los que no están vienen con nosotros.

La memoria es también un territorio compartido. Una historia en la que reconocerse, para un pueblo sin tierra. Aún.



Mientras presentábamos el Oasis, el desierto escupía los restos de algunos de los que buscamos. En medio de ninguna parte, hay un lugar alargado donde un pastor encontró algunos huesos, antes de juntarlos y taparlos de nuevo.

Hay tiempos que inexplicablemente coinciden en un momento. En la reunión con las autoridades saharauis, uno de ellos pregunta cosas muy concretas cuando hablamos de que ojalá se pueda continuar con este trabajo y recoger más información para identificar lugares de posibles exhumaciones. Conozco esas preguntas. Me doy cuenta de cuánto sabe, pero aún no sé por qué.

El teléfono suena dos días después en Bilbao. Abdeslam llama con un mensaje de que lo que habíamos estado investigando y buscando por tanto tiempo, tal vez esté aquí. Pregunto por el grado de certeza, pero sé que es a la vez absurdo.

Después es mi teléfono el que busca a Paco Etxeberria para darle la noticia y preguntar si vendría con nosotros:

- Está hecho.

En unos días, mi teléfono llama de nuevo a Tinduf: vamos con un grupo explorador para confirmar.

Como una imagen borrosa que se va acercando, los detalles se van haciendo nítidos. El futuro que pensábamos, la idea con la que soñábamos, ya está aquí.

Ahora toca hacerla posible.

Un equipo del Instituto Hegoa de la Universidad del País Vasco y de la Sociedad de Ciencias Aranzadi, llegamos a Argel con tres bidones azules que parecen de expedición al Himalaya. Una cámara de vídeo llama la atención, más que las palas, cepillos o el detector de metales. Una cámara semiprofesional. Eso aprendo cuando la policía de aduanas en Argel quiere quedársela y Ezizen se empeña en explicar que las cámaras profesionales llevan antena y esta no. Como si fuera un argumento, para saltar la línea de la arbitrariedad.

Quito el polvo a mi francés para tratar de convencerle del concepto sin éxito. Refugiados, campamentos, ayuda, recogemos todos los argumentos frente a las pegas. Una y otra vez. También usamos la persistencia:

- Pasen, pasen.

400 km de arena

Los jeeps avanzan hacia un destino que esperamos y desconocemos. Se distancian y se juntan para que el polvo no nos inunde. Pasamos por varios desiertos. El de las dunas. El de las piedras. El que parece una sabana. Cuando llegamos a él buscamos una de esas acacias milagrosas bajo este sol inmenso. Hay que tener cuidado, porque debajo de las talchas puede haber minas que aún buscan víctimas. Pero este es un sitio conocido, escarbando en la arena bajo la *talha* encontramos unos pedazos de carbón de otra vez. Camello a la parrilla y té. La sabana antes fue mar. Un mar no muy profundo, dicen los forenses con su habilidad de mirar más allá en el tiempo. La arena está llena de corales fósiles que cuando el mar se retiró, se quedaron a atestiguar su memoria.



Buscamos los restos de personas desaparecidas y la verdad que ha tratado de ocultarse. En un lugar lleno de fósiles de diez mil años, buscamos otras memorias que nos hablen de lo que pasó en 1976 y que nos traigan, hasta hoy, identidades y presencias guardadas en la arena. Es increíble pensar en encontrarlos en esta inmensidad. No hay señales, más allá de alguna acacia perdida, pero el jeep avanza seguro con esa mirada de quien lleva toda una vida caminando, que sabe traer aquí, lo que está tan allí.

Hotel de las mil estrellas

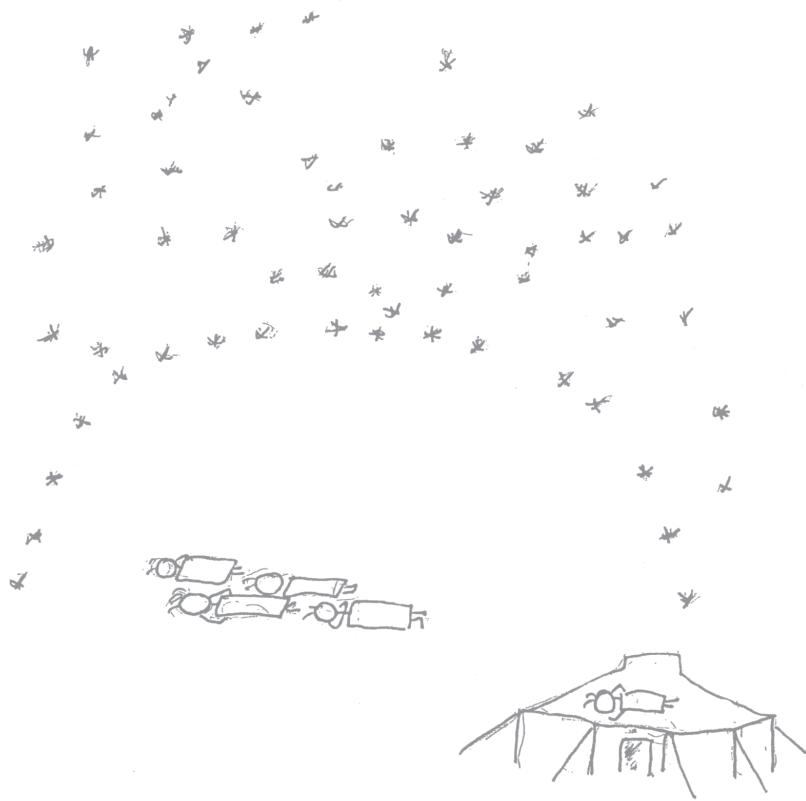
De repente éramos mauritanos o marroquíes. Cuando a finales de 1975 se produjo la invasión por el norte y por el sur, los saharauis se convirtieron en una tarta a repartir: esto para ti, esto para mí. De la noche a la mañana, si estás al norte solo puedes ser marroquí, si al sur solo mauritano. Los saharauis se convierten de colonizados en apátridas. Esta nueva colonización se trazó en 1975 por la España franquista y dividió a familias y paisajes que nacieron, y quieren, ser juntos.

Mustafá huyó al sur. Y de ahí luego al norte. No había para donde, así que salió al exilio. El agresivo vecino de Marruecos terminó quedándose con el territorio pastel. Pero no terminó, le quedó un trocito al este, una fina línea en el mapa que no pudo conquistar. Para proteger la rapiña, el Reino de Marruecos construyó un muro de 2.700 kilómetros y delante del muro puso miles y miles de minas, para que nadie se acercase a él.

Mustafá, que estaba en la pelea militar por resistir, fue herido.

Desde entonces, los saharauis se han preguntado muchas veces: ¿Para dónde?

La pregunta sigue vigente, pero no para huir sino para reivindicar.



Mustafá hoy es el jefe militar del Polisario en esta zona. Habita este destacamento lejos del mundo y cerca del muro. El lugar se llama Meheris. Cuando llegamos, él no sabe quienes somos ni a qué venimos. La paciencia del Sáhara también afecta a las comunicaciones.

Cuando le explicamos la zona a la que queremos ir, su respuesta es: no.

Pasamos la noche en ires y venires, de reuniones para diseñar los pasos. Con un borrador de dibujo, juntamos en lápiz las propuestas, borramos, volvemos a dibujar. Me toca ir con el boceto de aquí para allá, entre nuestra jaima y el destacamento. La zona donde están las fosas está cerca del muro militarizado y minado construido por Marruecos para proteger su robo.

La zona de exclusión es de 5 km y en ella no pueden entrar autoridades o militares saharauis. No sabíamos nada de esto. Después de unas horas de negativas e intentos, llegamos a un acuerdo.

Así que tenemos que ir solos. Y ya que nos verán desde los puestos de vigilancia, tendremos que ir sin los familiares. Y para no tocar las pruebas, tendremos que identificar y dejar los restos donde están. Grabarlo todo y dejarlo protegido. Muchos desafíos para todos, y sobre todo, para las expectativas de los familiares que vienen con nosotros y que quieren abrazar a los suyos.

Reunión con las familias

Esta mañana es la reunión más importante, la del sentido. Hay una alfombra en esta habitación en Meheris, a la que le hemos hecho dos arrugas para ver la orografía de aquí en adelante. Hacemos el plan para la exhumación. Por motivos de seguridad, los familiares no podrán ir hasta allá, se quedarán esperando en la primera arruga que es una montaña. Han estado esperando 37 años para esto, pero las familias saben como nadie lo que nos jugamos y son maestras de la paciencia.

La otra arruga es el muro, a poca distancia del cual están las fosas. Nuestros cuadernos, que se deslizan por la alfombra, son los jeeps en los que iremos. El aire que respiramos, la atmósfera que nos envuelve, es un aliento contenido que comienza ahora y durará dos días.

Tenemos preocupación por lo que dirán las familias con estas limitaciones. Después, cada uno toma la palabra. Los familiares están dispuestos a poner su parte.

En la cultura de la vida nómada la preocupación viene de la prisa. Ebteila toma la palabra:

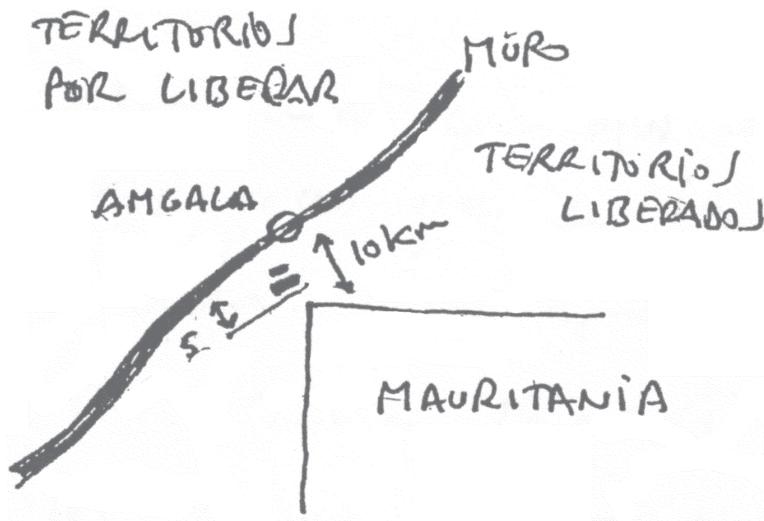
- Si hacen la cosa sin tiempo, es posible que se haga mal o no se pueda terminar.

Esa es su única desazón. No es no poder estar. No es no poderse llevar los restos todavía.

Lo haremos todo y lo haremos bien. Hasta terminar. No nos iremos hasta hacer la exhumación, los análisis, grabarlo todo y tomar las muestras.

No sé de qué está hecha, pero ahí está la confianza.

Fadret Leguiaa es un lugar estrecho de nombre largo que casi no cabe en los pocos kilómetros de franja por la que caminamos, en este Sáhara que llamamos territorios liberados. El plural trata de alargar su esperanza.



El testigo mira con ojos enrojecidos de tantas veces que se los ha frotado en la vida, desde aquel 12 de febrero de 1976. Tenía 14 años. El militar que los detuvo llamó primero a Moulud. Le preguntó por *los Polisarios*, le pidió el carné. Moulud Mohamed Lamin, que era pastor de camellos, le respondió que no sabía. Después del no, el militar le disparó en el pecho. Llamó entonces a Abdelaher Randam. Le pidió el carné. Esos pasos metódicos que llevan al abismo. Luego se lo devolvió y le hizo la misma pregunta. Abdelaher respondió que no sabía y, sin más palabras, le disparó en la cabeza. Después le tocó al niño. Cuando el militar le preguntó, el cargador del fusil se cayó, y Aba Ali salió corriendo, agarrándose en la espalda de un soldado que les dijo, no disparen, y a él: di viva el rey.

Después lo metieron en la caja de un camión. Ya había anochecido para entonces. Lo taparon con una manta. Como estaba maniatado, hizo de roedor con sus dientes, para hacer un agujero y poder ver. Escuchó 17 disparos, los contó.

Hoy llegamos al mismo lugar. Desde hace 37 años no ha vuelto, pero Aba Ali reconoce el sitio. Aquí sentados volvemos a aquellos días. Tiene una memoria de camello, que siempre sabe volver al primer lugar en el que bebió agua, y recuerda a la gente que le ha hecho mal.

A nuestra espalda, a 25 metros, hay una fosa donde los buscaremos.

- Todavía tengo muchas cosas que contar –dice cuando terminamos–.

Nos vestimos de beduinos, *daraa* y *melhfas*. Se trata de pasar desapercibidos, esa es la idea que a todos nos parece loca. Tenemos que llevar los bidones, cedazos, palas, cepillos, metros, flechas, brújula, GPS. Seremos beduinos con poca coherencia, pero al menos hay un tiempo que ganamos. *Elcarcha* es beduino de verdad y nos acompaña.

Vamos en su land rover que es de 1962. No se sabe cómo funciona, después de 50 años en el desierto, pero vamos. Hace dos viajes con su jeep para que dos coches no levanten sospechas. Antes de empezar nos hacemos parte del pasaje. Ahí enfrente, desde el muro, nos miran.

Detrás de nosotros, como a un kilómetro, está el muro. La zona por la que llegamos tiene minas sin explotar visibles, la prueba está ahí cerca por donde pasamos, otras permanecen ocultas. Solo *Elcarcha*, sabe por dónde se puede caminar.

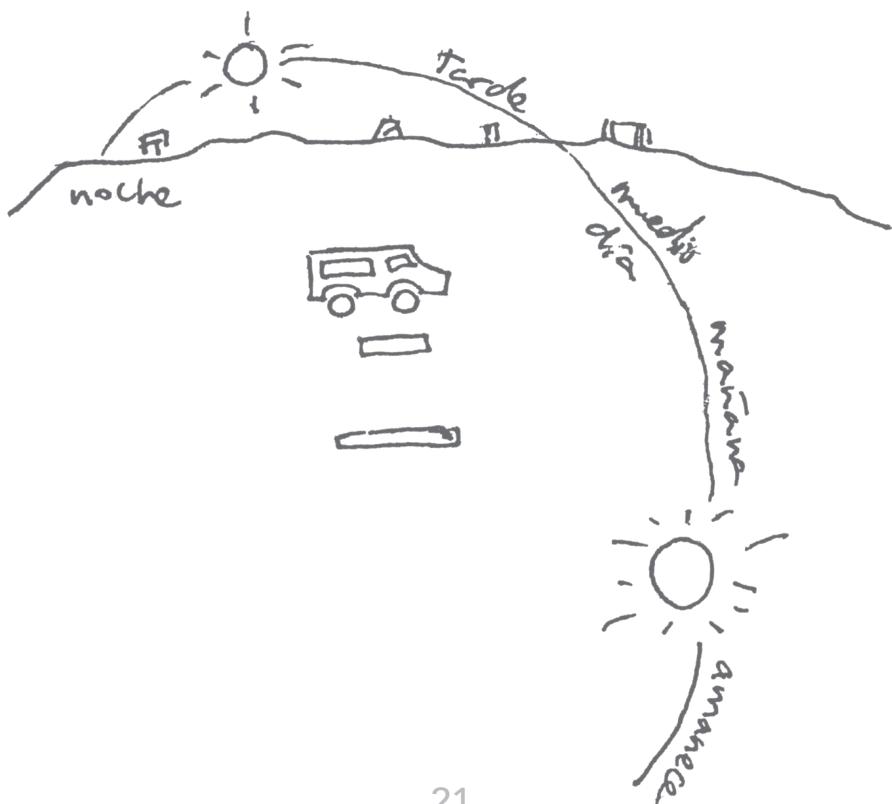
No conozco otras exhumaciones que se hayan dado en un campo minado. Venimos con un equipo con una enorme experiencia, pero en realidad, todo lo que está pasando, en el momento que está pasando, es algo desconocido.

Ahora estamos absortos en nuestras tareas. No tenemos tiempo para más.

Poco a poco empiezan a aparecer algunos huesos. Tal vez el disfraz que llevamos no sea para despistar a los que nos vigilan de ahí cerca, sino para que quienes buscamos no se asusten cuando nos vean.

Aquí todo el mundo tiene una brújula en la cabeza, forma parte de la genética de la vida en el desierto. Estamos al este del muro. Son las tres de la tarde. Así que el sol es un gran foco que nos ilumina. Los militares marroquíes pueden vernos más con los rayos a su favor.

Al día siguiente empezamos al amanecer, cuando el sol es nuestro aliado.



Una exhumación es un lugar donde confluyen dos mundos que aparecen como excluyentes. Como continuidades de un solo sentido. El mundo de los vivos, de los testimonios de esta mañana, donde aprendemos a escuchar el dolor, la experiencia, el miedo.

El de los muertos, en cambio, es un mundo que te habla solo si sabes escuchar sus signos. Ese hueso blanqueado por el sol. Esa fractura perimortem. Aquel orificio de salida.

La precisión de la prueba y el temblor del latido se juntan en esta orilla entre dos mundos que es una fosa.

Con el pincel con el que vas barriendo la tierra acaricias los rostros para desprender su manto de arena y escuchar sus secretos. A cada paso le preguntas por lo que pasó y te responde con detalles en silencio.

Hay un trozo de tela azul sobresaliendo entre la arena diciendo: aquí.

Aquí escuchó Mahmud hace unas semanas por esta planicie de arena y piedras cuando descubrió unos restos óseos sobresaliendo de la arena. En otro contexto, los hubiera tapado y realizado sus oraciones de respeto. Pero el Oasis de la Memoria había llegado a todos los rincones y además de las oraciones buscó a Afapredesa, la organización de familiares de personas desaparecidas. Hoy regresamos y por eso estamos aquí.

Con una palita van quitando la arena. Cada vez más suave, con cuidado. El primer signo es el inicio de un cráneo. Lo llamaremos individuo número 1. Poco a poco aparece el individuo número 2, a su lado. Como el espacio era pequeño, los pusieron juntos, ahí tirados. Pero, cosas de la vida y de la muerte, ahí, ahora, aparecen casi abrazados.



Con un palito se tocan los detalles. Ahí, debajo de la tela, hay lo que parece un collar. Está alrededor del cuello. Tiene cuentas unidas aún en algún pedazo de hilo que no se ha disuelto con el tiempo. Hay una piedra amarilla, otra verde. Tiene todos sus colores. Mahmud dice que es un rosario. Nos debatimos entre esos destinos. El rosario musulmán se pasa de cuenta en cuenta. Mientras se reza, se murmura, se calma, se conjura.

Salka es hija de Abdalahe. Se acuerda que su padre siempre llevaba el suyo consigo y si es él, tendría que aparecer su rosario. Era una niña. No se acuerda de su cara pero el rosario podría reconocerlo. Esos detalles que nos acompañan, desde la infancia, toda la vida.

Escuchándole a ella, recuerdo un paseo con mi padre de la mano, donde me hablaba de la maldad de alguna gente en el mundo, cuando yo era demasiado bajito para mirarle a los ojos. Mientras, yo pensaba: mi padre debe estar equivocado, no puede ser.

En cambio Salka, recuerda la certeza cuando él pasaba las cuentas con los dedos.

En el bolsillo de una camisa hay un peine, una caja de fósforos y un vasito para el té. Hay un tubo de pastillas para la tuberculosis. Una cajita con hilo para coser. Una navaja que solo es óxido que se deshace, y una mina de lápiz porque el grafito resiste más que la madera. Con los objetos de un bolsillo puedes reconstruir parte de una forma de vivir. Tenemos así algo de su vida en nuestras manos.

Tal vez por eso, cuando le enseñamos a Salka las cuentas del rosario, alarga su mano:

- ¿Puedo quedarme una?



Fosa 1

Hay seis cuerpos. Un anciano, tres adultos, dos niños. Los forenses no dirán niños, escriben subadultos. Tratan todo con mucho cariño, pero el lenguaje viene con su distancia. Con esa misma distancia pueden ordenarse los restos. Los sacros son el punto de partida. De ahí se van reconstruyendo hasta lo posible.

Como una pirámide invertida, así es la forma del sacro, en él descansa la columna de la vida.



Otro bolsillo. Saco algo con dos dedos. Todo se hace tocando lo menos posible, como una caricia del respeto. Una cartera azul de plástico con un broche oxidado. Al abrirla, aparece un documento ondulado plastificado. Es un DNI de los de antes. De los que todos tuvimos, en aquella época, aquellos con la bandera de España arriba, la foto a un lado, la huella en otro. Paco me pide que lea lo que dice: Moulud Mohamed Lamin. Número...

Atrás aparecen en árabe y español los nombres de padre y madre, como en el mío ponía Eugenio y Leonor. Y su oficio: ganadero.

Hay una emoción contenida en esta aparición de un carné que nunca hubiera pensado. Hay una identidad entre los dedos. Hay una ráfaga en la que se juntan las madres o hermanos de desaparecidos en Guatemala, Colombia, Paraguay, El Salvador de estas décadas, aquí y ahora, con nosotros. Termina la filmación de todo el proceso.

Me levanto y me voy a dar una vuelta a unos metros de la fosa. Me seco las lágrimas que brotan en este significado, entre estos restos, lo que significa encontrar.

Cuando regresamos Mustafá me pregunta que tal nos fue, aunque ya sabe y tiene su indicador.

- Me dijeron que lloraste.

La situación siempre te puede. Llores o no llores. Así que por qué no dejar a las lágrimas que hagan su trabajo en silencio.

Volvemos de un lugar donde las medidas no tienen nombre aún. Entre la inmensidad de la arena, la extensión del desierto. Ese muro de montaña a una distancia difícil de adivinar. Está como a un kilómetro, pero ¿en qué se mide el espacio entre los que nos miran allí arriba y los familiares aquí abajo?

La que hay entre el desprecio y el respeto.

El soldado que le dijo al niño di viva el rey, se lo llevó al camión en que huía con el resto de la tropas cuando, al día siguiente, el Polisario se acercaba. Pero el camión quedó encayado en la arena. El soldado saltó corriendo y se llevó al testigo de la mano, hasta que Aba Ali se dio cuenta de que el soldado quería salvarse más a sí mismo.

Ahí empezó a correr en sentido contrario hasta que ya no pudo más.

Después supo que el soldado que le llevaba de la mano fue capturado por el Polisario. Su madre quiso verlo. Era parte del operativo de la muerte, pero la madre quería agradecerle el gesto determinante de la vida.

Aba Ali después de la exhumación.

Debate consigo mismo sobre sus recuerdos. A pesar de que su relato se confirmó de cabo a rabo, él cree que hay otro lugar en donde estuvo. Recuerda unos árboles y se va a pasear con el beduino, hasta que llega a un lugar demasiado cerca de las minas. El beduino metió la mano en la arena en el lugar señalado, el brazo, y tocó hueso.

Para la próxima vez.

- Ahora me siento más seguro -dice-.

Doy vueltas a esta capacidad imposible de recordar. Pero Ali tuvo una excelente psicoestrategia. La memoria está asociada al contar. Las cosas que se reprimen tienden a distorsionarse con el olvido.

- Mi estrategia para recordar, para no olvidar, fue contar.

Y se lo contó al día siguiente a varios familiares que hoy entrevistamos. Y se lo contó a sí mismo tantas veces en su cabeza. Y así, ese recuerdo compartido, le dio mayor claridad. Una especie de caja fuerte contra los ladrones de la memoria. Solo la confianza puede abrirla.

Marruecos

Siempre tuve diferencias con esta generalización, aunque sé que Marruecos se refiere al Estado, los agentes de inteligencia y los civiles que justifican la violencia contra los saharauis. Pero Marruecos es sobre todo una dura presencia en sus vidas, más allá del gobierno del Estado. Es una realidad que te niega llena de muchos golpes por el camino.

Los familiares hablan estos días del impacto de la desaparición y del de la mentira. Marruecos niega su historia incluso cuando dijo que hablaría de la verdad. En el informe de la Instancia de Equidad y Reconciliación de 2006 simplemente el Sáhara no existe. Todas las referencias son a “las provincias del Sur”. Es otra forma de usurpar y despreciar: tu nombre ni siquiera te pertenece. Algunos de los desaparecidos que buscamos estos días tampoco. De otros, el listado del Consejo Consultivo de Derechos Humanos dice que fueron llevados detenidos al cuartel de Smara. Pero Moulud, que es uno de ellos, está en esta fosa.

No fue llevado a ningún cuartel y no murió “debido a las condiciones” como se dice en ese informe del gobierno de Marruecos, sino que fue ejecutado por un oficial del ejército, con un arma llamada FAL, cuyos casquillos calibre 7,62 están aquí también. La mentira institucionalizada teje la actitud hacia el pueblo al que no le dejan ser.

El año de la distribución del trigo nació Fatimetu. Los años, entonces, no tenían número sino acontecimiento. El 76 fue aquel año en que Sidi Salek fue detenido y luego desaparecido.

El padre tiene ahora 90 años y una mente clara cuando habla de sus demandas y de su hijo.

- Me privaron de que mi hijo pudiera tener una familia.

Además de esa alegría, acabaron con cinco camellos, cien cabras y doscientas ovejas. Toda su vida.

Los familiares que aún están en El Aaiún demandaron ante la IER la desaparición de Sidi. La respuesta fue pedirles el acta de nacimiento y otra documentación de los hechos, y que "se presentaran ante Marruecos". De otro de los niños, Bachir Selma Daf, el gobierno marroquí dijo al Grupo de Trabajo de Desaparición Forzada hace unos años que estaba vivo en El Aaiún. Aún de otro desaparecido, Salma uld Mohamed uld Sidahmed que se encuentra en la fosa, la IER había señalado que murió en enfrentamiento con el Polisario en Amgala.

Marruecos no reconoció ningún caso de familiares que están en el refugio, de los que dice además que están secuestrados. El colmo de las incoherencias no aguanta un soplo.

El acta de nacimiento de Sidi Salek no tendría año.

- Nació aquel año del eclipse.

Es testigo que se salvó de milagro la primera vez, estuvo a punto de morir en la segunda, cuando un mes después huía de nuevo con sus hermanos. La historia que tenía que contar.

Su padre y ellos se había separado. Él iba antes con las cabras. Ellos salieron ya de noche con los camellos, que corren más que aquellas. La distribución de la salida estaba preparada para encontrarse, hasta que al amanecer los niños vieron unas sombras que parecían árboles. Pero las sombras se movían, así que para cuando se dieron cuenta ya estaban rodeados. Helicópteros. Torturas. Cañón en la boca. Golpes para decir lo que querían escuchar.

En Smara, adonde fueron llevados, después del tormento, cinco niños hacen planes en secreto para huir.

- De uno en uno, como cuando ayer llegamos a la fosa -dice Aba Ali-.

Cuando los soldados marroquíes se dieron cuenta, enviaron un helicóptero. Cómo te escondes en un desierto es un misterio.

Cuando el ruido se aleja, se buscan pero no se encuentran.

El testigo vuelve a caminar solo, hasta que ve unos militares que no parecen acacias.

¿Salgo corriendo? ¿Me escondo? ¿Me vieron? ¿Me paro?
Todos los debates en un instante.

Por fin, desesperado, decide correr hacia contra ellos. Pero el bidón de agua le pesa mucho bajo su ropa. Desde lejos, a quienes lo ven, les parece un tipo de ave extraño. Las dunas lo dejan ver, luego desaparece, luego vuelve a aparecer acercándose cada vez más. Los militares saharauis tienen hambre. Apuntan. Para la siguiente duna Ali ya había soltado el bidón:

- Quietos -le dice uno al otro- es un niño.

Las frases de Mustafá

El día que llegamos:

- No se puede hacer, está al lado del muro.

Otro día:

- Elige tu gente para ir.

A la vuelta:

- Ahora ya tienes lo que viniste buscando, ya tienes tu arma.

En la noche, tomando té:

- Estos muertos nos van a unir más que muchos vivos.

El día de la despedida:

- No puedo decir más, porque me pondría a llorar.

El hijo de Moulud tenía apenas tres años cuando su padre fue desaparecido. Está ahora en cucillas delante de la tumba de su padre, la fosa protegida, señalada como se hace en su cultura. Ahí están solos, los familiares, ellos, hablando mientras todos nos retiramos en silencio.

Al fondo, si levantas la vista, ves el muro y los puestos de vigilancia. Nos miran, ¿pero que ven?



1976 / 2013

La fina capa de 50 cm de arena, separa dos épocas y mundos. El 12 de febrero de 1976 fueron ejecutados y sepultados, donde todo quedó oculto y oscuro. Aquí arriba, durante 37 años, los días y las noches han visto el agua y las estrellas, las minas, los camellos, la vida que quiere ser. A esta distancia también conviven dos pasados, que se han ido alargando hasta hoy.

Hasta ayer, porque hoy, que es día 9 de junio, se juntaron estos mundos y es un día del futuro.



①

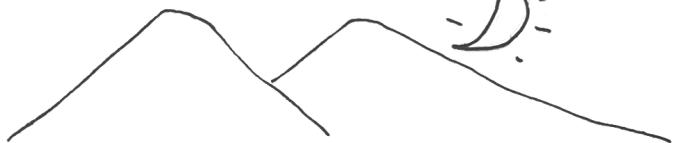


②

DANGER



STOP

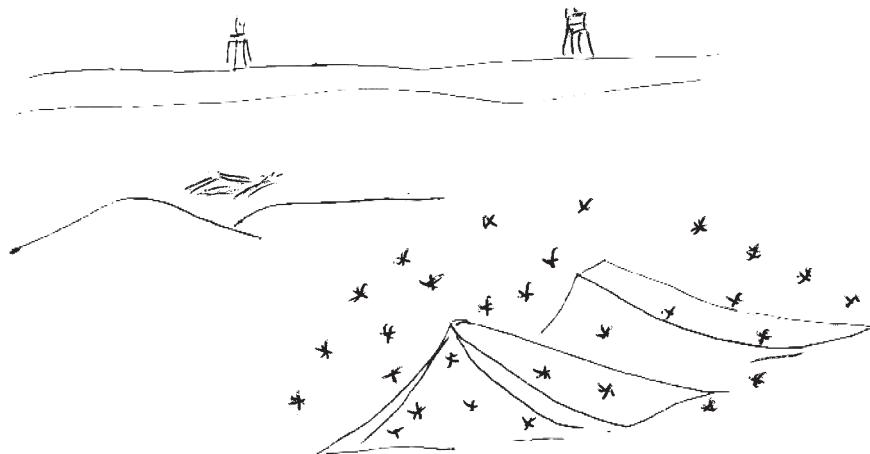


Regresamos a un lugar seguro, pasando este pliegue de las montañas y fuera de la zona buffer. Llegamos a un *frik*, que es un campamento provisional de varias jaimas y familias que hacen nomadeo juntas con sus animales, buscando pastos. Aquí se asientan unas semanas, hasta que toca seguir el rastro de la humedad y de la hierba. A la noche llegamos cansados y con una excitación interna. Mañana nos toca volver para terminar el trabajo. Mañana tomamos muestras de los restos para la identificación, y dejamos todo tal cual lo encontramos, sin moverlo. Los objetos vienen con nosotros, porque son parte de la identificación y los llevamos como prueba para entregar a las autoridades saharauis encargadas, un fiscal del desierto para su custodia.

Los beduinos aquí acampados mataron una cabra para darnos de comer. Así es aquí la bienvenida. Es de noche, todo es alegría, sentidos que se mueven y susurros. En la reunión con las familias explicamos el plan para mañana. Vamos a ir de nuevo solos. Cuando terminemos todas las tareas de la exhumación, Elcharca vendrá a buscarlos para que lleguen al lugar donde estamos, mostrarles las fosas y enterrarlas de nuevo con arena. Tenemos todo registrado y filmado, para no perder evidencias y para mantener todas las pruebas. Los restos vendrán con cadena de custodia.

Las familias se quedan compartiendo, los diálogos van de aquí para allá, estamos en ellos y a la vez son al margen de nosotros, tienen su propia vida. Su decisión es que irán solo los hombres, como testigos y familiares que harán sus oraciones. Las mujeres son fuertes, pero no quieren ver, quieren saber, estar, abrazar.

La jaima es un microclima protegido que hoy quiere ser parte del cielo estrellado.



Entre la genética y la antropología

Los laboratorios son siempre lugares con un aire de antisepsia. La contaminación que viene de la vida, aquí se convierte en fórmulas y explicaciones científicas. Las paredes, las máquinas, las batas blancas que tantas veces he compartido, esta vez tienen una misión repetida desde hace tantos años y en tantas guerras, de esclarecer algunas partes de la verdad fuera de dudas. La verdad forense no es toda, pero sí es única.

Aquí las muestras son trocitos de hueso para el análisis, o fotos de todos los restos para ir juntando los cuerpos como se recomponen los de la historia. Con los restos humanos, no solo se exhuma identidades ocultadas, que se trataron de sepultar para siempre, se exhuma también verdades que también quisieron que se quedasen bajo la tierra del olvido. Quien ejecuta y entierra así, siempre declara: esto no pasó. Pero aquí están las heridas de bala, de cerca, aunque no puede verse la distancia. Los huesos de adolescente que tienen memoria, aún cartílagos que no se han hecho hueso. Las cadenas de bases enrolladas en la espiral de la vida que llamamos ADN, pueden morirse con la persona, pero siguen hablando sobre quién es.

Con esa memoria de la vida, identificamos a los ocho desaparecidos. Con el ADN vinieron sus nombres. La genética junta las vidas que otros trataron de separar, porque para identificar, hay que comparar, volver a juntar, y ver si dan *match*, si las muestras de la familia que pudimos tomar en nuestro viaje reconocen a los restos que encontramos. Así dicen ahora: sí, este es mi hijo; sí, este es mi hermano.

Pocas veces en investigaciones así tenemos la historia de los hechos, que venía ya en El Oasis de la Memoria, donde los familiares que dieron su testimonio hablaron de lo que conocían de lo sucedido. El testimonio de un testigo ocular, que sobrevivió a un intento de muerte delante de las otras que vio, y que escuchó. Y que recordó los detalles que nos trajeron. Todos los cuerpos reconstruidos con el análisis forense, y las pruebas que hablan de lo que les pasó, incluyendo que dos eran niños. Y las lesiones, y los documentos de identidad y objetos, muestran exactamente lo que el testigo y los familiares habían declarado. Todo esto en un campo minado, donde estas fosas habían permanecido ocultas durante 37 años. Parece imposible, pero es.

El beduino que encontró un pedazo de hueso sobre la arena, y que además de volverlo a enterrar y hacer sus oraciones de respeto, llamó a otros familiares porque esos restos nunca los había visto, y un trozo de ropa asomaba por la arena, y estos llamaron a la asociación Afapredesa que lleva años investigando y buscando a los desaparecidos. Un trozo de hilo, unido a otro, y a otro. Hasta aquella llamada telefónica. Todo parece frágil, pero tiene una enorme fortaleza.



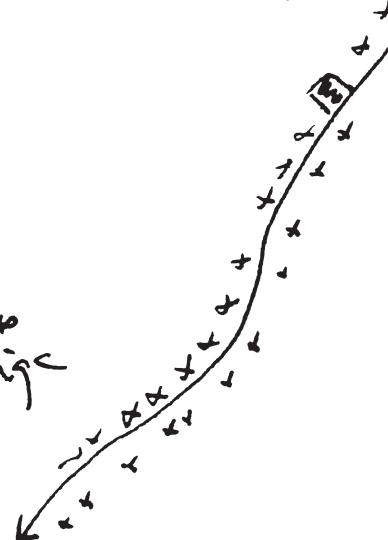
SOCUPADO
SAMARA

Jmara

El Aricín

Angada

Via
Dreige

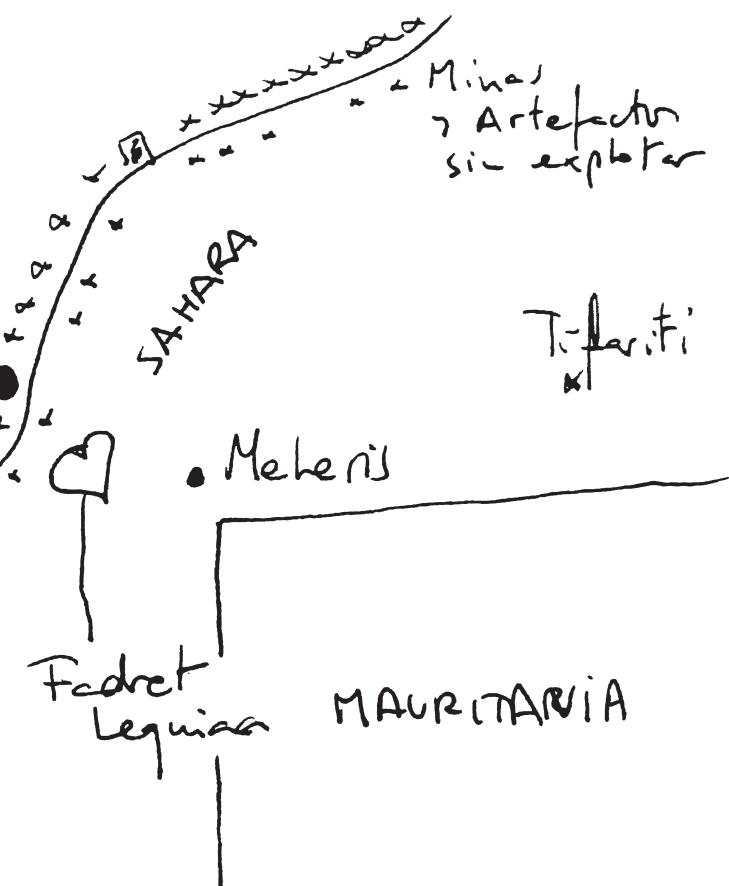


2720 Km

ARGELIA

Tinfif

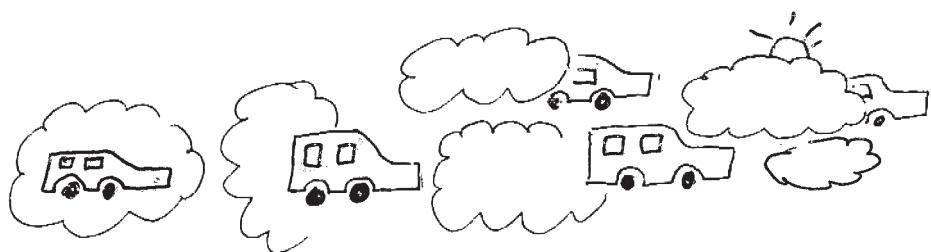
Minas
Artefactos
sin explotar



Volver a Meheris

Esta vez vamos más acompañados. Seis jeeps vuelan por el desierto. Pero las nubes de arena son más difíciles de esquivar y el paso más lento. Nuestro viaje es una forma de retorno, para otros es un viaje de ida de nuestra mano. Tal vez por eso se nos hace más largo.

Meheris nos espera con el mismo abrazo. Solo que ahora la gente nos acoge y asiente con una mano en el corazón. Se pega este saludo que exhala respeto. Conocemos esta sala donde dormimos hace meses, donde llegamos con la incertidumbre y donde regresamos con el asombro dos días después. Ahora sabemos. Y ese saber te da otra perspectiva. Un descubrimiento así te deja en otra dimensión. Puedes mirar la realidad desde otros lados. Como si tuvieras un ancla al fondo de un mar que se mueve. Hay un salto en la historia del que solo ahora soy consciente. No es el salto de la incertidumbre a la certeza. Es como un camino que te lleva a otra forma de conciencia. Tal vez la conciencia del testigo.



Presentación en Meheris

Ahí enfrente, esta sala que es a la vez escuela y comedor, está llena de gente. Hoy alberga la primera presentación de un libro y de una verdad oculta bajo la arena aquí cerca. Ahí, al lado, el camión con niños y niñas que llegan a la escuela está lleno de alegría que nos saluda y nos recuerda la vida.

Aquí dentro también hablamos de la vida, entre explicaciones, hallazgos, métodos y silencios. Huesos y niños. Cuentas de rosario y carnés. Las palabras nos envuelven en su sentido, y a las fotos nadie puede llevarles la contraria en medio del asombro.

La letanía de la solidaridad

El alcalde de Meheris, la Minurso, otras autoridades saharauis, gentes venidas de lejos, así como familiares de las víctimas retomamos el camino hacia el lugar de las fosas. Hora y media aún de sabana y dunas en silencio.

El alcalde toma la palabra y no la suelta. ¿Con qué palabras se describe lo que llamamos un momento histórico? No son los de la épica de la guerra. Aquí están los vencidos que ahora alzaron su voz y contaron las historias escondidas. Las palabras son de pésame, de pesar y de solidaridad para los familiares, porque antes que la historia está el respeto.

Cuando escucho el hassania pienso en la letanía de las oraciones de los mayas, que rezan por las víctimas de las masacres citando todas las formas de la muerte, como para que nadie se quede fuera, como si la repetición fuera una forma de reconocimiento de las cosas que necesitan ser dichas una y otra vez, porque tanto duelen.

El pésame no solo es una palabra de compasión, sino de aliento. Y desde luego, no es una palabra sino un largo discurso que repasa los hechos y los asombros, y les dice a los familiares, aquí estamos con vosotros.

Nos reunimos aquí para formar parte de un momento esperado por todo el pueblo.

Mientras tanto, allá arriba, en el muro, los soldados también se van juntando frente a nosotros. Gritan, pero no tienen el poder de tocarnos. Esta mañana son un esperpento.

A 50 metros de este acto, los soldados de la Minurso observan. La Minurso es la Misión de Naciones Unidas para la celebración del Referendum en el Sáhara Occidental. Los muertos de estas fosas y sus familiares y todo su pueblo, aún esperan poder hablar y decidir sobre sus vidas. En este pueblo de dignidad tan firme y a la vez tan despreciada por otros, la mera presencia de la Minurso quiere decir algo más de lo que puede decir.

Hubo discusiones internas, presiones para que la Misión no estuviera aquí, porque no tienen un “mandato” de derechos humanos. Pero la humanidad de Ross ganó a la amenaza del absurdo.

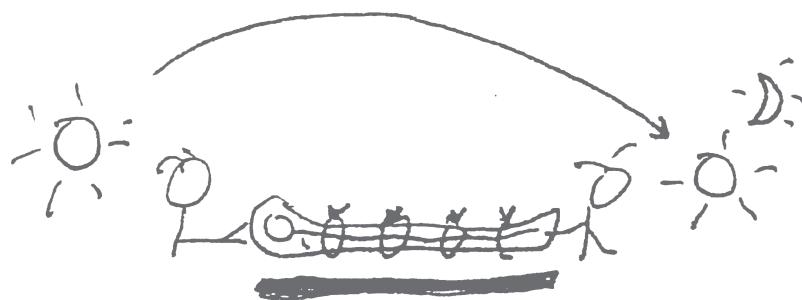
Una rendija de reconocimiento.

Unos restos, unos cuerpos, lo que se pudo rescatar está en esas sábanas atadas con nudos y con cariño. Ahí delante, identificados con su nombre, personas con dignidad.

Lo que queda de ellos no está solo en esas sábanas blancas, está en el amor que ha seguido viviendo entre los suyos, con el que no ha podido el desespero. Este ser de otros que nos hace ser nosotros mismos.

Devolver

Me toca entregar los cuerpos. Llamar a las familias. El respeto que trata de ir hasta el extremo, te hace temblar la voz. 38 años, y el tiempo entre los brazos está aquí. Los hijos, los hermanos, se acercan cada vez. Los restos se toman entre las manos con la delicadeza de la sábana que los envuelve. Aunque todo en la tierra pesa, aquí solo hay levedad.



El lugar del horror se ha convertido en estos días en un lugar de la memoria de la dignidad.

Los mismos desaparecidos, cuyas súplicas fueron acalladas por las balas, cuyos cuerpos fueron silenciados bajo la arena y cuyas historias se amordazaron con las versiones que llegaron después, mintiendo una y otra vez, están aquí.

La perversión no es que todo estuviera así pensado desde el inicio. Al principio, la única idea es destruir. La perversión es el sistema que opera una y otra vez para mentir, para ocultar, para tergiversar. Por eso es tan importante esta verdad, porque desnuda.

Las peticiones de saber de las familias fueron tiradas por el gobierno de Marruecos al cubo del desprecio. En el año 1999, el Estado dijo que habían muerto en enfrentamientos entre el ejército marroquí y el Polisario, por balas de este último. Después, en 2010, que fueron llevados a un cuartel donde “murieron debido a las condiciones”.

Pero, un día, los huesos se empeñaron en hablar y salir de debajo de la arena. Y el testigo en recordar, en una tarde de sol en los ojos, al lado de donde todo fue cuando dejó de ser.

Y ya no hay forma de callar.

Hay momentos en la vida que tomas conciencia de que eres parte del universo. Aquí, en cambio, esos momentos son todas las noches. Durante el día, los fósiles en la arena, te recuerdan el tiempo hacia atrás. También las estrellas ya no son como cuando se dejan ver desde aquí.

El viaje de la luz las hace estar vivas.

Mientras, seguimos este tiempo de buscar ese universo perdido de los desaparecidos.

otras fosas nos crean
los ojos



La palabra circula en estos días. Los vecinos vienen a saludar a la familia. A felicitarles por el hallazgo. A estar juntos.

El desaparecido, ahora que sabemos dónde está, congrega. El saber es triste, pero es más ligero que la incertidumbre. Es un descanso, es un antes y un después. Lo innombrable tiene ahora un espacio que siempre ocupó pero nunca pudo tener. Las entrevistas en las que evaluamos este proceso tienen cosas que no se pueden escribir.

Ojos sonrisas silencios

Palabras, como estelas
En la arena
Que el viento del tiempo
No puede borrar

Hay una forma de
Des-nudo
En la garganta

Que refresca este sol
De mediodía.

Nuevas búsquedas. El hombre que murió solo.

Trabajaba en una empresa española de la época, Cubiertas y Tejados. Ese nombre extraño en una tierra de jaimas. Ala Alamin era un hombre largo y viejo para su tiempo. No podía caminar con sus 60 años a cuestas, en un éxodo a pie tras la persecución y los bombardeos de Um Dreiga, Amgala y otros lugares cercanos desde el Sáhara camino de Tinduf, en 1976. La víctimas están hoy enterradas en pedazos de cuerpos destrozados por las bombas, contra un campamento civil que se refugiaba en su huida y que ardió en llamas.

Su mujer y su hija lo llevan, pero no pueden con él.

- Iros.

Ala Alamin se quedó. No pudo más. Ellas avisaron a los hombres para que alguno fuera a recogerlo. Antes, lo taparon con una manta que lo protegiera en la espera. Una tela con rectángulos, petachos de tela.

Su hijo Abdalá viene con nosotros esta mañana.

Nos acompaña al lugar donde lo vio por última vez un testigo que llegó después de unos días, cuando Alamin ya había muerto, y le hizo esta tumba provisional que ahora encontramos.

Debajo de la arena, aparece una manta verde. La manta tiene remiendos cuadrados de color más oscuro. Mientras el éxodo seguía, mientras aviones y combates pasaban por Fadret Budreiga, Ala Alamin se apagaba al silencio sin que nadie pudiera siquiera estar a su lado. Hay quien dirá que murió de viejo.

Otras fosas nos abren sus ojos

Dos cuerpos más, uno sobre otro, enterrados casi bajo una talha, ese árbol imposible del desierto. Otros cráneos con heridas por arma de fuego y casquillos de balas usadas por el ejército de Marruecos. Otro cuerpo apenas a unos metros. Esta vez las fosas levantan también debates entre nosotros sobre historias posibles.

Otro cuerpo de mujer, sin ropa, aparece un poco más abajo.

Buscamos cómo unir las gentes que los buscan con las pruebas que encontramos. Entre los objetos que acompañaban al tercer cuerpo, un sello metálico que colgaba al cuello y que guarda dentro un verso del Corán.

Salama cree que puede estar ahí su amigo Bidi, al que perdió en el éxodo en Amgala, y del que le dijeron que había fallecido. Con su capa roja y su rostro de surcos profundos del sol del desierto, Salama habla despacio de un tiempo que cuesta imaginar.

Tres semanas después de su testimonio al pie de la fosa, Salama murió. Como si esta tarea hubiera estado esperándolo durante 38 años para poder descansar. Esas cosas que guardamos y que marcan nuestro tiempo.

Recuerdo las historias de los indígenas huitoto de la Amazonía. El anciano tiene que transmitir toda su sabiduría. Así se va quedando vacío por dentro. Cada vez más. Hasta que muere.

Tal vez en eso, la Amazonía se parezca al desierto.

Matanza de camellos

Los camellos de la familia de Aba Ali y su primo también caminaron hacia el éxodo. Sin embargo, pocos llegaron a ser refugiados. Eran 31 y 85. Al cabo de caminar una hora desde Tifariti se encontraron con disparos a diestro y siniestro. Era un lugar donde las balas llegaban hasta un kilómetro de distancia. No sirve de nada correr. Para Aba Ali fue la segunda detención, así que es sobreviviente. Los camellos que se salvaron fueron botín de guerra para el ejército marroquí.

Estamos ahora en el lugar de la matanza. Lo único que queda es un fémur de camello agujereado, y muchos casquillos de muchas balas.

- Con el camello tienes leche y sus derivados. Tienes carne. El camello puede pasar meses sin beber en invierno, tomando el agua de la hierba del desierto. Durante el verano, aguanta una semana sin beber. Son nuestra tarea. Desde que te levantas hasta que te acuestas. Matar a los camellos es exterminar a los humanos.
- Hasta ahora me duele la cabeza por el maltrato que sufrimos después.

Ambos eran niños. Camellos y niños, y las proporciones de la resistencia.



Otras búsquedas nos llevan a Tifariti

En el bombardeo de Tifariti, en febrero de 1976, murieron varias personas, dos de ellas eran Jadiyetu de seis años y Abdelfatah, el viejo que estaba rezando cuando llegaron los aviones.

En un jeep, a la carrera de una noche de terror, fueron sacados de urgencia aunque murieron al cabo de unos metros. Así que el chófer decidió parar y enterrarlos, porque los cuerpos deben quedar cerca de donde se derramó su sangre.

Damos muchas vueltas buscando ese lugar entre la oscuridad del tiempo y el miedo de aquella noche.

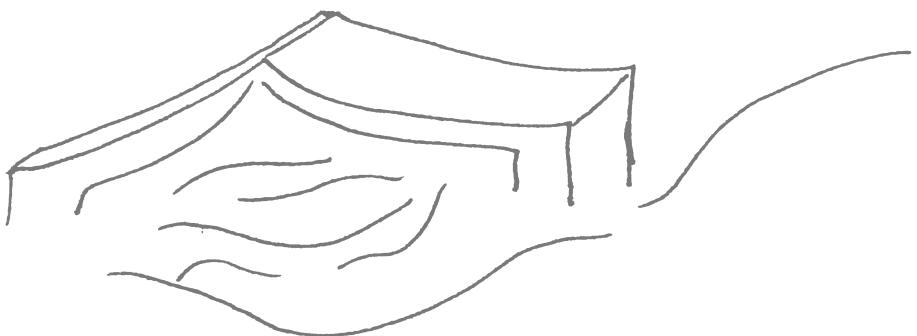
Encontramos apenas un hueso de niño o niña, la única huella de que alguien estuvo enterrado aquí. Pero no sabemos si es ella. Y Abdelfatah no está. El suelo de arcilla de granito puede haber disuelto los huesos con el ácido que babea la piedra con el agua. Un trozo de hueso, y una cuenta de piedra o pasta de las que se llevan en el pelo. Presencia y misterio.

También enseña que hay incertidumbres con las que toca aprender a vivir.

Madre de Jadiyetu

Entramos en esta jaima de la mano de Mohamed, que ha estado con nosotros en Tifariti. Él es hermano de Jadiyetu. La madre y las hermanas están aquí en este microclima de silencio. Todos sabemos algo de lo que va a pasar.

La madre llora antes de empezar. Ahí está conteniendo su dolor como una presa aguanta la crecida del río. Hay que ir con delicadeza entre los dedos. La piedra es azul y tiene unas vetas blanquecinas. El tacto busca su certeza, queriendo que sea. No sabemos si el ADN del hueso dirá algo o si será la memoria la que tenga el 99,99% de posibilidades. Ponemos ahí todo lo que tenemos y lo que somos.



Cerca del muro no solo hay fosas que guardan memorias. También hay minas a tutiplén cuando estamos yendo a hacer las últimas exhumaciones, nuestro coche pasa cerca de un mortero sin explotar, algo habitual en este camino. Dejamos unas piedras alrededor. Un paquete de muerte. Otro día, alguien que tiene mejor vista, vuelve de nuevo a encontrar, a un par de metros, una bala de cañón entera.

A la vuelta de las nuevas fosas nos detenemos a arreglar el coche. Los saharauis son expertos en soluciones para la vida, y también para las averías. De un trapo sale una bomba de gasoil. De ahí se chupa y se ceba algo del motor.

Mientras eso pasa, otros se fueron a estirar las piernas. Lourdes toca con un palito un trozo de metal en la arena que se va haciendo redondo mientras se desnuda.

Alguien llega con su grito.

- ¡¡Cuidado!!

Este tercer ASE, artefacto sin explotar, es una bomba de fragmentación. Está pensada y hecha para maximizar el beneficio de la muerte y mutilar a la gente después del bombardeo.

De cada bomba que tira el avión salen 600 de estas bolas asesinas. Se llaman X-145. Todas las minas tienen nombres de ecuaciones. Si la tocas, la X-145 te deja sin piernas o te mata, o las dos cosas a la vez. En esta parte del desierto, a lo largo de los 2.700 km del muro, hay miles y miles de minas. Como con esta X-145, no sabes donde están hasta que es demasiado tarde.

Para quien la lanzó, de eso se trata.

El alto el fuego no ha detenido las muertes por bombas. La asociación de víctimas de minas y otros artefactos sin explotar tiene cerca de 2.000 casos registrados. Pero solo incluye los hechos. Los muertos no se cuentan porque no hay ayudas para ellos. La única gente que puede contar con algo de ayuda son los sobrevivientes. Proyectos, créditos, son poco a la par de tanto destrozo. Y, sin embargo, ese poco que podemos hacer lo es todo.

La asociación que lleva a cabo el desminado, es una ONG que hace trabajo de hormiga. Cuando se conoce un artefacto se inspecciona. Se neutraliza, se explota. Después trazan un cuadrado de 50 metros alrededor. Si se encuentra otro, se sigue con la cuadrícula, como un ajedrez de blancas y negras para dar jaque a la muerte.

A Daha le faltan varios dedos de la mano que te da con calidez y frescura. También tiene un ojo de cristal. Nos enseña el local de la asociación. Las fotos de explosivos se las conoce bien. No es una revista de armamento, es un periódico del horror.

Hay una distancia de 5 km desde el muro en la que las minas no son desminadas. Desde el alto el fuego de 1991 solo los soldados de la Minurso pueden entrar ahí. La asociación para el desminado solo puede trabajar de esos 5 km para fuera. 2.720 km de muro x 5 km de anchura, son 13.600 km², es decir, el doble de la Comunidad Autónoma del País Vasco.

Los únicos que entran en esa franja que es un territorio minado son los beduinos, que necesitan pastos y viven en esa su tierra. Desde hace 20 años, las víctimas también son solo ellos y ellas, sus cabras y sus camellos. Los niños que juegan como todos, y las mujeres que van buscando agua.

El Estado de Marruecos, no había firmado hasta hace poco la convención de Ottawa, ni los acuerdos de Oslo sobre desminado. El Polisario, lo hizo hace mucho. El Reino de Marruecos se niega a que la franja de 5 km se quede en 2 y medio como pide la organización que lleva acabo el desminado. Naciones Unidas no tiene manos para obligar a Marruecos. Las víctimas de uno y otro lado son saharauis. La guerra sigue de otra manera. Tiene un único responsable y muchos cómplices.

Este muro que clama al cielo.

Junio/noviembre de 2013

Financia:

